

EL MUSEO ALABÉS

Lejos estaba yo de pensar, al remitir á *La Libertad* las cuartilla que tuvo á bien publicarsobre un tema planteado en la prensa vitoriana por el aventajado ingeniero y correcto escritor mi excelente amigo D. Sixto Mario, que este con tal motivo habia de dejar caer sobre mí todo el peso de las alabanzas que él solo se merece.

Al devolvérselas, pues, con el testimonio de gratitud propio de quien recibe mucho más de lo que cree haber merecido, uno mis plácemes por el éxito alcanzado con sus escritos; porque, si no he comprendido mal, la idea en ellos vertida, de instituir un Museo alabés donde se guarden los monumentos artísticos y objetos arqueológicos que encierra nuestra provincia, parece haber alcanzado eco en regiones donde la empresa puede y debe ser acometida. Empresa digna de encomio, que si llega á verse realizada, constituirá, á no dudar, para sus iniciadores y para cuantos coadyuven en su logro, un título de honor: y para el país, un motivo de satisfacción y una esperanza de progreso.

Mucho tiempo va trascurriendo ya desde aquel en que la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País vió deshechas sus ricas colecciones, é hizo á la provincia entrega por mano del marqués de la Alameda, de algunos objetos, cuyo catálogo obra (si no estoy equivocado) en poder de mi querido amigo D. Joaquín de Urbina.

Mucho también desde los dias en que el diligente investigador y colector alabés D. Lorenzo del Prestamero reunió copia de antigüedades en nuestra provincia.

Bastante desde la fecha en que la expulsión de las comunidades religiosas vino á convertir en restos arqueológicos lo que hasta entonces habia sido objeto de veneración y ornato de los templos.

Pero nunca es tarde si la dicha es buena, y la activa gestión de nuestra primera autoridad provincial auxiliada por la inteligente colaboración de la Comisión de Monumentos, puede sin duda reparar en mucha parte los perjuicios causados al arte y á la ciencia por la incuria de los hombres y la acción destructora del tiempo.

Y puestos á echar las bases en tan loable empresa, sería de desear que el proyectado museo lo fuese en la más vasta acepción de la palabra: que en él se comprendiesen no solo colecciones propias de un museo artístico y arqueológico, sino cuanto un museo puede contener con relación á los diversos ramos de actividad, y á las varias producciones naturales que dentro de una región pueden mostrarse, y que, en el caso presente habrían de corresponder exclusivamente á la región alabesa, justificándose así el nombre de *Museo Alabés* para un centro que vendría á ser como el barómetro de la cultura, riqueza, adelantos, producciones; manera de ser y condiciones naturales de nuestra provincia.

Si á esto se uniese la formación de una biblioteca compuesta de cuantas obras se pudiesen adquirir, escritas sobre asuntos del país ¿quién duda de los beneficios que esta institución pudiera reportarnos?

La idea no es nueva ni aspiro por tanto al mérito de la originalidad al exponerla.

Únicamente ha de serme permitido evocar recuerdos para mí muy gratos, recuerdos que directamente se relacionan con el planteamiento de esa idea en nuestra querida ciudad.

Hacia el año de 1870 D. Enrique Serrano Fatigati, entónces catedrático de física y química de nuestro Instituto de segunda enseñanza, secundado por un grupo de escolares de los del último año de bachillerato, pensó en fundar aquí un centro científico que sirviese á fomentar el estudio de la fauna y flora de nuestra provincia; pensamiento que se amplió después extendiéndolo á cuantos ramos de conocimiento puede abarcar el estudio completo de un país.

Planteóse con efecto el pensamiento, y bajo la denominación de *Academia Alabesa de ciencias de observación*, se estableció en un local del Instituto una modesta escuela que pudiera haber sido con el transcurso del tiempo una institución modelo y un centro científico de la mayor importancia dentro del país.

Desde luego contó esta academia con las simpatías y el auxilio del ilustrado claustro de profesores del Instituto alabes, y las autoridades

provincial y municipal la dispensaron cuantas atenciones eran compatibles con las imperiosas que entonces reclamaba la situación creada aquí por la guerra civil.

Se comenzó á formar un museo de productos de nuestro suelo, principalmente minerales y vegetales, llegándose á poseer un regular herbario y una numerosa colección de fósiles.

Los corresponsales nombrados en diferentes pueblos de la provincia, remitieron algunas monedas y medallas antiguas encontradas en el país, así como reseñas de monumentos poco estudiados y singularidades propias de las comarcas de su residencia que, si conocidas de muchos, suelen quedar inobservadas por quienes pudieran sacar de su estudio provechosos frutos para la ciencia y tal vez para el país.

La vida de esta escuela que durante un breve período prometió risueñas esperanzas para lo porvenir, languideció luego, y se fué extinguiendo después cuando contaba en su seno distinguidos profesores, literatos, epigrafistas, médicos y hombres de ciencia, cuyo concurso era bastante, de haber continuado y persistido en los fines que los reunían, para conseguir en algunos años lo que hoy aspiramos á ver planteado de nuevo, no sin considerarlo como empresa árdua y de alguna dificultad.

El vencerla será mérito tanto mayor cuanto ella más grande sea.

Y el mayor placer de cuantos aman la cultura y progreso de su patria será sin duda poder extender á gran número de individuos, como solidarios en la empresa, la enhorabuena que cordialmente envió al Sr. Mario Soto como actual iniciador de ella.

E. DE VELASCO.

